

EL LEGADO HISPANO Y LA CONCIENCIA NACIONAL EN CUBA (*)

POR

CONSUELO NARANJO OROVIO
MIGUEL ANGEL PUIG-SAMPER MULERO

Centro de Estudios Históricos, Departamento de Historia de América y
Real Jardín Botánico, del CSIC

Antes de comenzar el tema propuesto, es conveniente hacer algunas reflexiones sobre algunas de las diferencias, que saltan a primera vista, entre el pensamiento latinoamericano generado en los países que obtuvieron su independencia en las primeras décadas del siglo XIX y el pensamiento antillano con respecto a España, aunque, como afirma Carlos Rama, tanto cubanos como puertorriqueños tienen líneas de identidad con los intelectuales latinoamericanos contemporáneos (1).

A muy grandes rasgos hay que indicar como una vez constituidas las antiguas colonias en repúblicas independientes, los intelectuales latinoamericanos se plantearon qué modelo de estado sería el más adecuado para sus países. En este proceso de formación de los estados nacionales, con espíritu crítico y ansias modernizadoras, muchos de ellos pusieron sus miras en Europa, preferentemente en Francia e Inglaterra, a la vez que dichos modelos se oponían al español, por lo cual era necesario llevar a cabo una deshispanización, es decir, romper los moldes culturales hispanos, alejarse de sus costumbres, de su religión... etc.

La propuesta de estos pensadores se manifestó en todos los aspectos que contribuían a la formación de las jóvenes naciones, como por ejemplo en la elección de la población, que en estos

SIGLA UTILIZADA:

AMAE: Archivo Ministerio Asuntos Exteriores (Madrid).

(*) Trabajo realizado dentro del Proyecto financiado por la CICYT, Plan Nacional I + D AME90-0793.

(1) Carlos RAMA, *Historia de las relaciones culturales entre España y América Latina en el siglo XIX*, México, 1982, pág. 199.

momentos eran sinónimo de desarrollo —recordemos el postulado de Alberdi para quien «gobernar es poblar»—. En su obra *Bases*, de 1853, Alberdi proponía la inmigración de anglosajones, a quienes consideraba «gente civilizada» merced a su desarrollo tecnológico, que les hacía superior a los hispanos.

Los postulados de Alberdi fueron seguidos por los intelectuales de otras repúblicas americanas que imbuidos en la tarea de formar estados modernos apelaban al aumento demográfico como el elemento clave de desarrollo económico y factor de «civilización». Uno de los múltiples ejemplos de estos hombres lo constituye Eugenio María de Hostos, intelectual puertorriqueño cuyos escritos fueron fundamentales en la toma de conciencia del estado dominicano, el cual definía la inmigración como «el problema de los problemas y el medio de los medios, porque es el único que puede resolver todos». Fiel seguidor de Alberdi proponía que la colonización fuera llevada a cabo por los hacendados y el estado, a través de la creación de colonias agrícolas (2).

En lo que respecta a Cuba, al igual que Puerto Rico, las condiciones políticas, económicas y sociales eran totalmente diferentes. En ambas islas el colonialismo español perduró hasta 1898; en ellas se acuartelaron los ejércitos españoles expulsados de los territorios americanos independientes y se instalaron los sectores más reaccionarios disconformes con el rumbo de los acontecimientos. Por otra parte, valga recordar algunos aspectos característicos de la fisonomía política, económica y social de Cuba del siglo XIX, país en el cual la esclavitud aún continuaba siendo el sistema vertebrador de la sociedad y el motor de su economía, al menos durante la primera mitad del siglo pasado, así como los nexos económicos y políticos de algunos sectores de la sacarocracia con España, como mínimo hasta 1868. Una sociedad en la que continuaba pesando el miedo a una revolución negra fomentado por los acontecimientos de la vecina Haití, los propios sucesos internos, como la Rebelión de la Escalera de 1844, y la propaganda anglosajona, lo cual fue aprovechado y manipulado por la metrópoli para mantener su poder colonial.

Estas condiciones forzaron al surgimiento de diferentes corrientes políticas a partir de las cuales se pretendía articular el estado. Nos referimos al anexionismo, reformismo, autonomismo e independentismo, que se sucedieron a lo largo del siglo XIX. Todas ellas, excepto el independentismo, dependieron de los inte-

(2) Eugenio María DE HOSTOS, *El Eco de la Opinión*. Santo Domingo, 1882 y 1885; *Páginas dominicanas*. Santo Domingo, 1963.

reses económicos del grupo que las sustentaba, así como de la coyuntura internacional (3). En el debate político sobre la soberanía de la isla entraron en discusión otros factores tales como la nacionalidad, la raza y la cultura, los cuales hubo que definir. No fue hasta el siglo XX y, concretamente, con los estudios de Fernando Ortiz, cuando se llegó a una visión completa y científica de la composición étnica de la población cubana.

I. ANEXIONISMO, REFORMISMO Y AUTONOMISMO

La idea de la anexión de Cuba a Estados Unidos que apareció formulada a comienzos del siglo XIX, en 1807, se mantuvo hasta la década del 50. Los intereses económicos de un sector de la élite criolla y la política expansionista norteamericana se combinaron y complementaron en el surgimiento de esta corriente. El imperialismo territorial norteamericano consideraba la incorporación de Cuba como el elemento para «hacer que nuestro poder, como nación, alcance el mayor grado de interés», a la vez que se consideraban las Antillas como un apéndice de Estados Unidos, que por su situación estratégica les abriría las puertas hacia el resto del continente americano.

Los intentos de comprar la isla por parte de Estados Unidos se sucedieron desde los primeros años del siglo XIX, en concreto la primera propuesta fue en 1808, hasta los últimos años del gobierno colonial español en la isla. La compra de Cuba por Estados Unidos fue justificada de forma sucesiva como una manera de mantener el equilibrio en el Caribe. El descontento de la sacarocracia, la intervención de potencias extranjeras o los levantamientos y guerras internas de Cuba fueron motivo, a lo largo del siglo pasado, de intervenciones y propuestas de compra norteamericanas.

Por otra, para los anexionistas cubanos la unión a Estados Unidos les reportaría ganancias económicas, a la vez que les aseguraba el mantenimiento de la esclavitud, amenazada por Inglaterra y por la revolución de 1848 (4).

Contra esta corriente política se levantó José Antonio Saco (1797-1879), inspirador del pensamiento liberal cubano, quien a

(3) Gerard PIERRE-CHARLES, *El pensamiento sociopolítico moderno en el Caribe*. México, 1985.

(4) Ramiro GUERRA, *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*, La Habana, 1975.

través de sus múltiples escritos postuló a favor de la realización de reformas políticas y administrativas en Cuba, de la descentralización a través de la creación de un Consejo Colonial autónomo, así como de otorgar a Cuba de una legislatura provincial (5).

Los temores de Saco ante la posible incorporación de Cuba a la Unión se basan en las estructuras de la población y economía cubana y la política expansionista de Estados Unidos; efectivamente, para Saco la anexión pronto se transformaría en absorción, lo que conduciría a la pérdida de la nacionalidad.

A diferencia de otros autores, Saco utiliza por vez primera el término de «patria» como un concepto globalizador que incluye a toda Cuba y no sólo a una región determinada. Esta nueva concepción de Cuba como un todo implicaba la existencia de lo «cubano» como factor diferente de lo «español».

Saco defendió la existencia de la nacionalidad hispanocubana, como producto de la unión de lo hispano como lo propio del país y diferenció la nacionalidad cubana de la nacionalidad española y la «raza» cubana de la «raza» española. Para Saco un pueblo poseía la misma nacionalidad cuando habitaba el mismo suelo, con origen común y con idioma, religión y costumbres similares; de esta manera, para este pensador todas las colonias y repúblicas americanas tenían nacionalidad propia (6).

Este pensamiento que trata de determinar la nacionalidad del pueblo cubano, se opuso a la postura mantenida por algunos de sus contemporáneos más partidarios de depositar la nacionalidad cubana en los indígenas, para quienes la nacionalidad de los cubanos, de tener alguna, sería la española. El enfrentamiento de ambas concepciones se puede observar en la correspondencia mantenida entre Saco y algunos anexionistas:

«(...) ¡no me digas que deseas para ti esa nacionalidad! —hispanocubana— ¡No, hombre! Dame turcos, árabes, rusos; dame demonios, pero no me des el producto de los españoles, congos, mandingas y hoy (...) malayos para completar el mosaico de población (...)» (7).

Sin duda sus adversarios fueron demasiados lejos ya que en la definición que Saco realiza sobre la nacionalidad y el pueblo

(5) Fernando ORTIZ (Compilador), *José Antonio Saco. Contra la anexión*. La Habana, 1974.

(6) *Ibidem*, págs. 175-176.

(7) [5] Carta de Gaspar Betancourt a Saco, en 1848, pág. 202.

cubano excluye a todos los elementos que no poseyeran un origen común, el español, y deposita la nacionalidad cubana en el pueblo formado por la «raza» blanca (8).

En su obra los conceptos de nacionalidad, nación y pueblo están íntimamente ligados a sus planteamientos políticos. En contra del anexionismo, del sometimiento colonial de Cuba a España o de la africanización, Saco postulaba la abolición de la esclavitud, ya que ésta era el elemento más importante que impedía la constitución de una nacionalidad, así como abogaba por el «blanqueamiento de la raza» como única manera de «hacerse respetar como pueblo» (9).

Pero si de esta manera Saco se presenta como hombre de su tiempo, perteneciente a una sociedad esclavista en la que el patrón superior era el del hombre blanco, no por ello Saco deja de plantear en otras ocasiones como solución posible la mezcla del elemento negro y el blanco como forma de llegar a una unión (10).

El reformismo de Saco sufrió modificaciones de acuerdo con el rumbo que tomaban los acontecimientos. La política de exclusión seguida por España con respecto a Cuba al privarla de poseer representantes en las Cortes en 1837, originó en el intelectual cubano un cambio en sus planteamientos políticos. A partir de ese momento comprendió el status colonial de la isla tal como reflejan sus palabras: «de parte integrante de la monarquía, pasó a ser una colonia esclavizada» (11), alejándose de los otros reformistas para proponer soluciones autonomistas. En su obra *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas de 1837*, Saco expone con gran nitidez tanto sus ideas políticas como su concepto de nacionalidad:

«...Lo primero que deseo es que Cuba libre y justamente gobernada viva unida a España; lo segundo, que disuelta esta unión, ora por la madre, ora por la hija Cuba trate de conservar su nacionalidad, y de constituirse en estado completamente independiente...» (12).

(8) José Antonio SACO, *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la isla de Cuba, ya publicados, ya inéditos. T. III*, La Habana, 1960, pág. 461.

(9) Josef OPATRNY, *Antecedentes históricos de la formación de la nación cubana*, Iberoamericana Pragensia Supplementum. Praga, 1986.

(10) [8], t. III, pág. 224.

(11) [5], pág. 49.

(12) [8], t. III, págs. 331-333.

La figura de Saco ha sido una de las más debatidas en la historiografía cubana. A él se le atribuyen tanto concepciones esclavistas como antiesclavistas, a la vez que unos le acusan de ser anexionista y otros de reformista. Una figura sin duda polémica de la que se ha afirmado ser el máximo exponente de la nacionalidad cubana en su etapa formativa (13).

La controversia en torno a Saco ha sido en parte explicada por Torres-Cuevas y Sorhegui al analizar el contexto económico-social, y sobre todo cultural, en el que se desarrolló José Antonio Saco, cuyas ideas se enmarcan más dentro de la ideología de la clase media que de la sacarocracia. Una ideología liberal nacida bajo la influencia de la Ilustración y al amparo de ciertos personajes que desde sus cátedras y seminarios fueron modernizando los estudios escolásticos que hasta el momento se seguían en la isla. En este sentido la obra realizada por el obispo Díaz de Espada en el Colegio-Seminario de San Carlos a comienzos del siglo XIX es fundamental para entender el surgimiento de ideas renovadoras e innovadoras con respecto a Cuba como nación y patria (14).

El término de la Guerra de los Diez Años con la Paz de Zanjón de 1878 supuso modificaciones en el régimen colonialista español que si bien a primera vista contemplaban una mayor participación e igualdad política para los cubanos, los mecanismos legales ideados se encargaron de mantener la desigualdad entre los peninsulares y los criollos. La Ley Electoral por la que se regulaba la elección de representantes a Cortes, a Diputaciones Provinciales o a Ayuntamientos pronto estableció los canales y el grado de participación de uno y otro sector (15).

Los defensores del legado hispano y de la presencia de España en Cuba se agruparon en torno al movimiento autonomista, —mantenido por los hacendados cubanos, en defensa de sus intereses—, y al movimiento integrista, —compuesto por los sectores más reaccionarios del colonialismo español, muchos de ellos industriales y comerciantes españoles—.

Ambos partidos, el Partido Liberal Autonomista y el Partido Unión Constitucional, surgidos tras la Paz de Zanjón, reclamaban reformas políticas, administrativas y judiciales para Cuba y su

(13) Eduardo TORRES-CUEVAS y Arturo SORHEGUI, *José Antonio Saco. Acerca de la esclavitud y su historia*. La Habana, 1982.

(14) *Ibidem*, págs. 20-26.

(15) *Historia de la nación cubana*. T. VI. La Habana, 1952; James DURNERIN, *Maura et Cuba. Politique coloniale d'un ministre liberal*. París, 1974.

elevación a la categoría de provincia ultramarina, con similares derechos a los vigentes en España (16).

Tanto los autonomistas como los integristas, partidarios ambos de la abolición de la esclavitud por motivos económicos, mantenían la superioridad del hombre blanco sobre el negro, considerado de raza inferior e «incapacitada para dirigirse a sí misma». Para ambos grupos la cultura española era la única existente en Cuba, cuya nacionalidad española no la ponían en tela de juicio.

La Unión Constitucional, la Cámara de Comercio de la Habana y el *Diario de la Marina* representaron la corriente hispanista en Cuba en la última década del siglo XIX, que en su afán por mantener la unión a España y frente al panamericanismo propusieron mediante un artículo de José María Austrán, la creación de una federación hispanoamericana, que estaría integrada por España y diecisiete países hispanos (17).

Durante el siglo XIX los intentos por articular la nacionalidad cubana fueron realizados por intelectuales pertenecientes a los sectores medios o altos de la sociedad cubana, algunos de los cuales, de forma todavía tímida, ya apuntaban al elemento negro como un factor más de la cubanidad. Un ejemplo de ello se halla presente en la literatura cubana, a través de la cual un grupo elevó su protesta contra la esclavitud. En la obra de Mercedes Rivas en la que se analiza este fenómeno encontramos piezas literarias antiesclavistas, en algunas de las cuales se plantea el mestizaje como factor esencial del pueblo cubano:

«...Los negros en la isla de Cuba son nuestra poesía, y no hay que pensar en otra cosa, pero no los negros solos, sino los negros con los blancos, *todos revueltos*, y formar luego los cuadros, las escenas, que a la fuerza han de ser infernales y diabólicas, pero ciertas y evidentes» (18).

Por otra parte, por vez primera en estas novelas del último tercio del siglo XIX como, *El negro Francisco*, *Sab*, o *Cecilia Valdés*, se reivindicaban los valores de los negros, a quienes se le otorgaban valores similares a los poseídos por los blancos.

(16) Eduardo TORRES-CUEVAS, "Las clases sociales en Cuba y en la Revolución Martiana", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, XXV, 1, La Habana, 1983, págs. 5-44.

(17) Paul ESTRADA, "José Martí: las ideas y la acción" *España y Cuba en el siglo XIX*, Madrid, 1988, págs. 17-88.

(18) Mercedes RIVAS, *Literatura y esclavitud en la novela cubana del siglo XIX*. Sevilla, 1990, pág. 148.

Con lo que respecta a la población de color la toma de conciencia de su cubanidad no se produjo hasta finales del siglo XIX, en concreto entre 1878 y 1895, momento en el cual Juan Gualberto Gómez a través del Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color de Cuba aunó reivindicaciones sociales, raciales y políticas, las cuales canalizó dentro del movimiento independentista cubano. La participación de estos sectores marginados, los negros y mulatos, en las luchas independentistas sin duda alguna contribuyeron en la creación de un sentimiento nacional entre ellos (19).

II. JOSÉ MARTÍ: EL NACIMIENTO DE UN IDEAL

Mucho se ha escrito sobre José Martí, denominado el «apóstol de la Revolución Cubana», sobre su vida, su estancia y exilio en España, su obra, su pensamiento..., por lo que en esta ocasión, nos centraremos tan sólo en algunos de los aspectos claves para el tema que estudiamos: la percepción de la nacionalidad cubana, su idea de patria, y su concepción de la cultura cubana, así como los puntos de unión del pensamiento martiano con el de otros intelectuales antillanos, antiimperialistas, como los puertorriqueños Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos.

Martí, intelectual, político y revolucionario, fundador del Partido Revolucionario Cubano, en 1892, nos ha legado una obra abundante y de sumo valor, en la cual tras analizar los perjuicios que había causado el colonialismo español en Cuba, pasa a estudiar los problemas económicos, políticos y sociales con que Cuba tendría que enfrentarse tras lograr la independencia; una independencia que debería ser arrebatada a España por la fuerza, y mantenida frente a Estados Unidos en pro de la integridad de Cuba.

En sus escritos en contra del antiguo colonialismo y el nuevo imperialismo, en «Nuestra América» Martí formula sus ideas sobre la unión de los pueblos hispanoamericanos como el único medio de afianzar las instituciones y culturas americanas. Y frente al hispanismo, indigenismo o europeísmo propuestos por algunos intelectuales de otros países americanos, Martí sostenía la existencia de una cultura propia en cada país hispanoamericano, de

(19) Raquel MENDIETA, "Nación, nacionalismo y conflicto racial: los independientes de color", *Arbor, Raíces históricas del pueblo cubano. Una contribución a su historia*, —monográfico—, Madrid, CSIC (en prensa).

un «hombre entero» y de una «política cordial», «expresión de una síntesis de los valores del indio, del negro, del español y del europeo moderno» (20). Como ha señalado Ramón de Armas, Martí ve en el mestizaje de Cuba y de toda América un forjador positivo de la nacionalidad (21).

En todo momento Martí se manifestó en contra de la discriminación racial y a favor de la igualdad del blanco y el negro: «No hay odio de razas, porque no hay razas» (22).

La reivindicación nacionalista a favor de la identidad nacional propia la extiende al campo político, a su idea y modelo de nación; una nación que debería regirse por unas leyes propias, no heredadas de España, ni importadas desde Europa a Estados Unidos; unas leyes que respondieran a las características de cada pueblo; es ahí donde Martí engloba a todos los elementos étnicos de Cuba, al negro, al indio, al español y al criollo (23).

En un artículo del periódico *Patria*, titulado «Cuatro clubs nuevos», publicado en Nueva York, en 1893, Martí expone la manera cómo debería llevarse a cabo el proceso para lograr una república nueva e independiente, alejada de los vicios y de la burocracia coloniales, dice así:

«El trabajo no está en sacar a España de Cuba: sino en sacárnosla de las costumbres. Esto hacen en España misma los españoles sanos y entendidos; y esto nos ayuda en Cuba a hacer esa especie amable de españoles; y fuera de Cuba, a los que acá vienen huyendo de España, como pudiera el cubano mismo huir».

Con respecto a España, Martí siempre estableció la diferencia entre lo que representaba el colonialismo español desarrollado por la España autocrática, y la España liberal, compuesta por los que él denominaba los «buenos españoles» y de quienes dice «son cubanos».

La actitud positiva de Martí hacia la España liberal y los españoles aparece de forma clara y repetida en sus trabajos. De

(20) Víctor MASSUH, «La cultura latinoamericana: el problema de su autonomía», *Cultura y Sociedad en América Latina y el Caribe*, Francia, 1981, págs. 147-153.

(21) Ramón de ARMAS, «José Martí: Visión de España», *España y Cuba en el siglo XIX*, [17]; págs. 285-293.

(22) Véanse los artículos aparecidos en *El Partido Liberal*. «Nuestra América». México, 1891 y «Mi raza», *Patria*, Nueva York, 1893.

(23) *Patria*, Nueva York, 1893.

las *Obras Completas* hemos extraído algunas de sus ideas que mejor lo evidencian:

«Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles les atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos— ¡Mienten!».

«La guerra no es contra el español, sino contra la codicia y la incapacidad de España» (24).

Asimismo, en el *Manifiesto de Montecristi* de 1895, Martí llama una vez más a la reconciliación entre cubanos y españoles, asegurando que «la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen de ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia» (25).

Por otra parte, en el pensamiento americanista de Martí está presente el antillanismo, explícito en su estrategia política de liberar tanto a Cuba como a Puerto Rico, a la República Dominicana y a Haití como medio de asegurar la independencia y la seguridad de América.

Este pensamiento antillanista adquirió una gran plenitud a través de Betances. Su frase, «América para los americanos, pero las Antillas para los antillanos. Esta es nuestra salvación», recoge parte de su ideología; una ideología independentista y abolicionista que le ocasionó el exilio en la República Dominicana, Francia y Venezuela a partir de 1858. Este nacionalismo antillano es la expresión más clara del pensamiento social caribeño de la segunda mitad del siglo pasado. Betances concebía la independencia de su país, Puerto Rico, y de Cuba, como una primera fase en la independencia de España y Estados Unidos, tras la cual se constituiría una Federación Antillana que agruparía a Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y Haití. En este plan, la República Dominicana estaba llamada a jugar el papel principal, a la que denomina como «nación generatriz de la nacionalidad antillana», y a Gregorio Luperón como su líder.

Este pensamiento penetró en la mente de todos los intelectuales independentistas antillanos de la segunda mitad del siglo XIX:

(24) José MARTÍ, *Obras Completas*, La Habana, 1975, págs. 277 y 321.

(25) *Manifiesto de Montecristi. El Partido Revolucionario Cubano a Cuba*, La Habana, 1985.

Hostos, Luperón, Bonó, Espailat, Martí y Máximo Gómez. El mismo Luperón comentaba la unión cultural y política existente entre los pueblos antillanos: «Nunca cometeremos la insensatez, que hoy es infamia, de ser dominicanos y no ser antillanos», así como la necesidad de liberar a Cuba y Puerto Rico del colonialismo español, sin lo cual el pueblo dominicano no alcanzaría la libertad plena (26).

En los escritos de estos intelectuales se encuentran esbozadas las ideas de nacionalidad antillana y la de nación. Para ellos las Antillas constituían una nacionalidad basada en la unidad cultural, etnológica e histórica; mientras que la nación era la instancia jurídica de dicha nacionalidad, por lo que no siempre guardaba relación con ésta (27).

El proyecto nacionalista radical desarrollado por la pequeña burguesía antillana descansa, para algunos autores como Soler y Pierre-Charles, en la prolongada lucha contra España y en la amenaza continua de Estados Unidos, lo cual generó la formación de un universo ideológico homogéneo (28).

III. EL SIGLO XX: INTENTOS DE RENOVACIÓN

Conseguida la independencia de España, Cuba no pudo iniciar su vida como república independiente al estar mediatizada desde el inicio por el país vecino del norte. La política expansiva de Estados Unidos se vio favorecida por diversos factores, entre ellos, la estructura económica de la Isla, basada en el monocultivo azucarero, dependiente de las fluctuaciones del mercado internacional; las relaciones comerciales desiguales entre ambos países; la penetración económica norteamericana iniciada en los últimos años de dominación española, que se afianzó en las dos primeras décadas del siglo XX; así como la existencia de una clase dirigente sin programa político propio y dependiente de los dictámenes de Estados Unidos.

La situación de dependencia se confirmó y legitimó inmediatamente después de la aprobación de la Constitución de 1901, a

(26) Eugenio María de HOSTOS, *Hostos y Cuba*. La Habana, 1974; *América: la lucha por la libertad*. México, 1980; AMAE, Correspondencia con Consulados, leg. 2058, 1879.

(27) Emilio RODRÍGUEZ DEMORIZI, *Hostos en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, 1939; *Luperón y Hostos*. Ciudad Trujillo, 1939.

(28) Ricaurte SOLER, *Idea y cuestión nacional latinoamericana. De la independencia a la emergencia del imperialismo*, México, 1980.

través de la Enmienda Platt, de 1901, por la que Estados Unidos tenía derecho a intervenir en los asuntos internos del país, el Tratado de Reciprocidad Comercial, firmado entre Cuba y EE.UU., en 1902, con el que este último país se aseguraba el control del mercado cubano, el Tratado de Arrendamiento de Bases Navales y Militares y el Tratado Permanente entre Cuba y Estados Unidos, ambos firmados en 1903 (29).

La cultura reconocida como la válida y representativa de Cuba continuaba siendo la heredada de España, incrementada por la fuerte presencia del elemento hispano en la isla. A este respecto hay que tener en cuenta que las condiciones económicas de Cuba durante los veinte primeros años de este siglo favorecieron la inmigración de trabajadores tanto al ámbito urbano como rural, los cuales en un elevado porcentaje procedían de España (30).

El papel jugado por el inmigrante español como elemento de reafirmación o mantenimiento de la tradición hispana fue manipulado por los gobiernos españoles, que veían en él un factor clave para la empresa que España debía desarrollar en América y uno de los puntales para el afianzamiento de nuevos regímenes o ideologías políticas que se querían exportar. Así, en los debates y enfrentamientos políticos de la historia de España, principalmente del siglo XX, la figura del emigrante cobró importancia al ser considerado elemento prioritario de la avanzada política de España en el continente americano (31).

Frente a esta cultura «oficial» el elemento negro seguía siendo relegado y no reconocido como componente cultural, a la vez que otra corriente se alejaba del patrón hispano, versus colonial, y trataba de buscar las raíces de la cultura cubana en lo indígena.

La realidad política, alejada de los ideales proclamados por los líderes independentistas, comenzó a ser reflejada por los intelectuales pertenecientes a la llamada primera generación literaria, 1920-1930. Un grupo heterogéneo de escritores y artistas, nacidos a finales del siglo XIX, que iniciaron su producción a la vez que la joven república despertaba y en cuyas obras recogen

(29) Julio LE RIVEREND, *La República*, La Habana, 1973.

(30) Entre 1902 y 1922 entraron en Cuba 554.542 españoles, cuyo número supuso más de un 40 % del total de inmigrantes. Consuelo NARANJO, "El proceso migratorio español en Cuba, 1880-1930", *I Congreso sobre la emigración española hacia el área del Caribe desde finales del siglo XIX*. Santo Domingo, 1989 (en prensa); *Del campo a la bodega. Recuerdos de gallegos en Cuba* (siglo XX). La Coruña, 1989.

(31) Rafael ALTAMIRA, *España y el programa americanista*. Madrid, 1917.

los problemas sociales, culturales y políticos del momento, con una fuerte dosis de frustración, y que a algunos de ellos les lleva a participar en política.

Una generación que recogió la tradición cultural cubana del siglo XIX, en la que el criollismo, resultado de la unión y fusión de todos los aportes culturales en Cuba, estaba presente como factor determinante de la cultura cubana.

A esta generación, denominada por Juan Marinello «década crítica» y agrupada en torno a la revista *Cuba Contemporánea*, 1913-1927, y a la *Revista Avance*, fundada por el Grupo Minorista en 1927 y que contó sólo con tres años de existencia, pertenecen hombres de la talla de José Antonio Ramos, Emilio Roig de Leuchsenring, Juan Marinello, Rubén Martínez Villena, José Castellanos, entre otros. Todos ellos estuvieron comprometidos con su país en un intento de renovar la cultura, como medio de afianzar la nacionalidad cubana frente al predominio norteamericano. Su quehacer político, social y cultural supuso un hito en el desarrollo cultural de la isla, a la vez de marcar las pautas fundamentales de la cubanidad (32).

Rubén Martínez Villena definía de la manera siguiente el carácter y los objetivos del Grupo Minorista:

«...Colectiva, o individualmente, sus verdaderos componentes han laborado y laboran: Por la revisión de los valores falsos y gastados; por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones; por la introducción y vulgarización en Cuba de las últimas doctrinas, teóricas y prácticas, artísticas y científicas; por la reforma de la enseñanza pública y contra los corrompidos sistemas de oposición a cátedras; por la autonomía universitaria; por la independencia económica de Cuba y contra el imperialismo yanqui; contra las dictaduras políticas unipersonales, en el mundo, en América, en Cuba:...» (33).

El espíritu abierto y modernista de estos intelectuales estaba manifiesto en la revista *Cuba Contemporánea*, en cuyo número 1, correspondiente a enero de 1913, exponían sus objetivos:

(32) Emilio ROIG DE LEUCHSENRING, *El Grupo Minorista y su tiempo*. La Habana, 1979; Ana SUÁREZ DÍAZ, "Marinello: arte y creación en Cuba e Hispanoamérica", *Santiago*, 50, Santiago de Cuba, 1983, págs. 57-90.

(33) *Diccionario de la Literatura Cubana*, t. I, La Habana, 1980, págs. 394-395.

«...abierta a todas las orientaciones del espíritu moderno...: expresa dedicación al estudio de nuestros problemas en lo administrativo, en lo político, en lo moral y social, en lo económico, en lo religioso;... la parte puramente literaria y artística merecerá también especial atención, puesto que las manifestaciones de las letras y de las artes son muy alto exponente del grado de cultura de los pueblos...» (34).

Esta revista de carácter mensual contó con las colaboraciones de los intelectuales más prestigiosos del momento, tales como Emilio Roig de Leuchsenring, Max Henríquez Ureña, Luis Rodríguez Embil, Jesús Castellanos, Enrique José Varona, Juan Marinello, Jorge Mañach, Fernando Ortiz, Manuel Sanguily, Miguel de Carrión..., etc. En sus páginas se dieron cita artículos de una temática muy variada, con un radio geográfico de acción amplio (35).

En el teatro fue José Antonio Ramos uno de los que mejor supo exponer el drama cubano. Su obra *Tembladera*, de 1917, constituye un fiel reflejo del momento y de la percepción del mismo por parte del autor, en la que el protagonista, un nacionalista cubano, sucumbió ante la presión y la fuerza de las costumbres del pasado. Asimismo, la novela social representada por Raimundo Cabrera, Jesús Castellanos y Carlos Loveira, entre otros, también ayudó a esta toma de conciencia de los males de Cuba (36).

De forma paralela al *Grupo Minorista* fundado en La Habana en 1923, aparecieron otros grupos vanguardistas como el *Grupo Literario de Manzanillo*, creado en Manzanillo en 1921, el *Grupo H*, constituido en Santiago de Cuba en 1928, el *Grupo Índice*, fundado en Matanzas en 1935, entre otros.

Esta toma de conciencia de los problemas de Cuba dio lugar al nacimiento de asociaciones como la Asociación Cívica Cubana, en 1917, y provocó en la década de 1920 la explosión de protestas estudiantiles y la alianza de los estudiantes con el floreciente movimiento obrero cubano y la Protesta de los Trece, de 1923.

También en estos años comenzó a producirse un cambio en los estudios históricos, que fueron tomando carácter científico, y

(34) *Cuba Contemporánea*, La Habana, tomo I, nº 1, enero de 1913.

(35) Emilio ROIG DE LEUCHSENRING, "Cuba Contemporánea y su labor nacionalista", *Social*. La Habana, 14, 12, diciembre de 1929, págs. 42, 67 y 72.

(36) José Antonio PORTUONDO, *Bosquejo histórico de las letras cubanas*. La Habana, 1973.

a cuya cabeza se encontraban Fernando Ortiz, Ramiro Guerra y Emilio Roig de Leuchsenring (37).

La búsqueda de la autenticidad nacional, denominador común de estos hombres, se convierte en una constante en las obras de Fernando Ortiz, Juan Marinello y Emilio Roig de Leuchsenring, los cuales tratan de hallar en la cultura la pieza clave de la nacionalidad cubana. En los escritos de estos autores la conciencia social y política se combinaron y dieron origen al nacimiento de una nueva conciencia de la nacionalidad cubana, de la cubanidad, en un momento en que se trataba de gestar un ideal nacional frente a Norteamérica y en el que se emprendió una feroz crítica contra la corrupción político-administrativa reinante en el país.

En la obra literaria de estilo costumbrista de Emilio Roig de Leuchsenring encontramos algunos de los elementos más representativos del folclore cubano, a la vez que se ponen al desnudo los «defectos» y «vicios» de la vida social y política cubana (38).

En los escritos de estos intelectuales está presente la influencia de Martí, en cuya obra hallan los elementos básicos para la formación del estado y los de su propia nacionalidad (39).

III. 1. *Fernando Ortiz*

Si bien Ortiz comparte gran parte de los ideales e inquietudes de los jóvenes vanguardistas, su obra y su personalidad, así como el tratamiento que hace de los temas culturales, nacionales y raciales, le conceden un lugar especial.

La importancia de su obra no está sólo en su magnitud, sino también en el análisis científico de los temas estudiados: la composición étnica de población cubana, sus orígenes, sus culturas..., etc.

Tras licenciarse en Derecho, su dedicación a la criminalología le llevó a estudiar otras disciplinas como la biología, la sociología, la psicología y la etnografía, en algunas de las cuales se convirtió en el pionero en Cuba.

(37) Carmen ALMODÓVAR, "Historiografía realizada en Cuba después de la revolución (castrista) (1959-1984)", *Revista de Indias*, XLIX, 185, Madrid, 1989, págs. 173-194.

(38) José María CHACÓN Y CALVO, *El caballero que ha perdido su señora* (introducción a la obra de E. Roig de Leuchsenring). Costa Rica, 1923.

(39) Emilio ROIG DE LEUCHSENRING, *El internacionalismo antiimperialista en la obra política-revolucionaria de José Martí*. La Habana, 1936.

Al igual que Martí y otros intelectuales cubanos y latinoamericanos, Ortiz creyó que la salvación de su país descansaba en el fortalecimiento del sentimiento nacionalista, el cual se lograría a través del conocimiento profundo de la cultura cubana y de la identidad nacional. *Los Negros Brujos, Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar, Los Negros Curros, Los Negros Esclavos, El engaño de las razas*, son algunos de los estudios que le ayudaron a comprender y delimitar el mosaico étnico cubano y la cubanidad.

Para la mayor comprensión de la composición de la cultura cubana, de su cubanidad, resultado de la fusión de los diferentes pueblos y culturas asentados en Cuba, Ortiz, en «Los factores humanos de la cubanidad» (40), compara la cultura cubana con el «ajiaco», —un guiso de origen taíno y que perdura hoy día, en el que todos alimentos se cocinaban juntos y se sazaban con ají—, para terminar diciendo que la cultura era un «ajiaco». En este sentido es interesante resaltar la utilización de Ortiz de la palabra «transculturación» para definir el proceso del mestizaje cultural, en vez de utilizar el término de asimilación.

El análisis y exposición de esta cultura mestiza por Fernando Ortiz frenó y contrarrestó aquellas corrientes de opinión que consideraban lo hispánico como única aportación cultural.

Resultado del interés de este intelectual por ampliar y fomentar la cultura fue la creación de la *Sociedad de Folklore Cubano*, en la Habana en 1923 y de la *Institución Hispanocubana de Cultura*, también en La Habana, en 1926. Entre los objetivos fundamentales de la última institución se encontraban el promover las relaciones culturales entre Cuba y España mediante el intercambio de intelectuales. Fue una asociación independiente, sin signo político, abierta a todo el que quisiera ingresar, sin distinción de sexo, raza o edad. Las actividades desarrolladas se centraron en conferencias, veladas cinematográficas, certámenes literarios..., etc.

En 1936 esta institución comenzó a publicar la revista mensual *Ultra*, 1936-1947, con difusión en el extranjero, y cuyo objetivo era la publicación de las novedades literarias y científicas europeas; en ella también estaban presentes los temas cubanos, a la vez que reproducía los resúmenes de las conferencias impartidas en la Institución Hispanocubana de Cultura, así como reseñas de

(40) Julio LE RIVEREND (selección y prólogo), *Orbita de Fernando Ortiz*, La Habana, 1973, págs. 149-157.

libros y piezas teatrales. Una y otra vez Ortiz insistía en que «ser cultos es la única manera de ser libres» (41).

Para Ortiz no había mejor vehículo de comunicación e intercambio entre los pueblos que la cultura. A partir de este intercambio es como él concibió la relación con España, de ahí la creación de la Institución Hispanocubana de Cultura y su enfrentamiento a la política española, que en su acercamiento a América Latina anteponía la «raza» a la mentalidad.

Esta oposición a la política americanista española está dentro de su denuncia de los «panismos», como movimientos expansionistas y de opresión y antecedentes del racismo que invadió el mundo en las décadas de 1930 y 1940. Así, ve en las palabras de Altamira y en el panhispanismo un intento de expansión en América por parte de España:

«...sentimiento expansivo español, (que) sin poder soñar hoy con dominaciones militares, se polariza por ahora hacia la afirmación o permanencia de la influencia hispana en este continente o sea hacia una «rehispanización» tranquila o un «neoimperialismo manso». Su falta de carácter militar sólo depende de la falta de medios militares» (42).

Los elementos principales sobre los que los ideólogos conservadores y posteriormente los falangistas españoles basaron la hispanidad: la raza, la religión, la comunidad de cultura y el idioma, fueron atacados ya en 1910 por Ortiz al considerarlos como bases del racismo español y del panhispanismo (43).

El rechazo del panhispanismo no obedeció sólo a motivos ideológicos y científicos, —al negar la existencia de las razas—, sino también a ser éste un movimiento que tan sólo beneficiaba a España, como reafirmación, para un sector, de su pasado y de su misión: una batalla a librar contra el panamericanismo en la que los intereses hispanoamericanos quedaban al margen, y en contra de lo cual Ortiz apela a la integración de fuerzas y de etnias de los países americanos.

Ortiz volvió a abordar esta problemática en el curso de una

(41) Jean LAMORE, "La obra antirracista de Fernando Ortiz: el caso de la revista *Ultra*". *Santiago*, 58, Santiago de Cuba, 1985, págs. 45-62.

(42) Fernando ORTIZ, *La reconquista de América. Reflexiones sobre el Panhispanismo*. París, 1911.

(43) *Ibidem*, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Fredes LIMÓN NEVADO, *La hispanidad como elemento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil española*. Madrid, 1988.

conferencia impartida en Madrid en 1928. En esta ocasión el intelectual cubano tras señalar la vía cultural como el único medio positivo de acercamiento entre España y América, unidas por una cultura común, atacó de nuevo algunas concepciones y elementos de la hispanidad, como la religión, que fueron contraproducentes en los países americanos, en los cuales algunos sectores consideraron el hispanismo como un proselitismo confesional, a la vez que rechazaban el legado cultural hispano.

En lo que respecta a la «raza» hispana y a la «comunidad de raza y de cultura» predicada por la propaganda falangista, Ortiz lo planteó de manera clara y tajante: «No hay una raza hispánica, ni siquiera española, y menos en América donde conviven las razas más disímiles...». Efectivamente, para Ortiz no había una raza hispánica, ni anglosajona, ni alemana porque el concepto de raza era falso, porque no existen las razas (44).

El planteamiento de Ortiz, basado en el conocimiento etnológico de la población americana, es devastador. En todo momento antepone la cultura a la raza como factor de atracción de los pueblos: «Una cultura puede atraer, una raza no», y más aún en países compuestos por etnias diferentes, gentes de distinto color y procedencia, que en ningún momento podrían sentirse atraídos por el ideal racial hispánico.

Terminada la guerra civil española, todavía en 1949, continuó atacando la celebración de «El Día de la “Raza”», así como la propaganda falangista realizada en América a través de la Falange Exterior y de los grupos nacionalistas y falangista creados en estos países (45). En su réplica desmentía la existencia de una comunidad hispanoamericana basada en la raza, el idioma o la geografía: tan sólo hay, afirma, «confluencias culturales y confraternidad lingüística» (46).

Planteó un acercamiento que estuviera basado en la cooperación e intercambio cultural, que mirara al presente, lleno de propósitos, no de recuerdos.

La expansión de las teorías racistas, del fascismo y del nazismo provocaron la vuelta de Ortiz sobre el tema racial. Desde la revista *Ultra* atacó al racismo y junto a la reproducción de artículos aparecidos en publicaciones fascistas, se publicaron ar-

(44) Fernando ORTIZ, “Ni racismos ni xenofobias”, *Revista Bimestre Cubana*. LXX, La Habana, 1955, págs. 60-72.

(45) Consuelo NARANJO OROVIO, *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, 1988, págs. 1-58 y 105-116.

(46) Fernando ORTIZ, “La Sinrazón de los racismos”. *Revista Bimestre Cubana*. LXX, La Habana, 1955, págs. 161-183.

títulos sobre el mestizaje, en los que se analizaba de forma sistemática y científica los conceptos de «raza», de «cubanidad», «americanidad», o «españolidad», y se les presentaba como categorías de culturas y no de razas (47). Fue en esta época, en 1946, cuando publicó *El engaño de las razas*, libro en el que expuso las diferentes teorías que ayudaron a formular el concepto de raza y a incrementar el racismo, así como la descalificación de éstas (48).

A grandes rasgos hay que indicar que en contraposición a esta corriente de pensamiento representada por Fernando Ortiz, existió otra corriente, afín al pensamiento nacionalista español, y sustentada por la alta burguesía cubana y española, los miembros de la Lonja de Comercio y el clero español, fundamentalmente, todos ellos seguidores, si no miembros de la Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S., y adeptos al régimen de Franco (49).

En este ambiente nacionalista y bélico se formaron otros grupos nacionalistas y sindicalistas en Cuba mantenedores de los principios más puros y reaccionarios del fascismo: La Legión Nacional Revolucionaria, la Comisión Nacional Obrera, las Juventudes Organizadas Nacional-Sindicalistas..., etc. (50).

Dentro de esta línea de pensamiento creemos interesante destacar el discurso pronunciado en 1935 por el Ministro de Cuba en Alemania, en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, en la celebración del 12 de octubre (51). Un discurso cargado de la ideología nacionalista, seguidora de los pensamientos de Ramiro de Maeztu y de los ideólogos del nacionalismo español, para quienes España era el pueblo elegido por Dios, con una «raza íbera» superior a otras, por lo que le fue posible llevar a cabo la conquista y colonización de América.

En la década de 1940 los escritores, poetas y pintores del *Grupo Orígenes* en la búsqueda de lo «nacional», de lo «cubano» como reafirmación nacional, volvieron a tratar el tema del com-

(47) [41].

(48) Fernando ORTIZ, *El engaño de las razas*. La Habana, 1975.

(49) Unos meses más tarde de constituirse la Falange Española en La Habana apareció un nuevo partido, las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista de la Falange Española de Cuba en 1936. Ambos se fundieron en la Falange Española y Tradicionalista de las JONS en 1937. Finalmente, el acoso del gobierno cubano y norteamericano puso fin a las actividades de la Falange en Cuba en 1941. Vid [45].

(50) *Ibidem*.

(51) Aurelio F. CONCHESO, "España y América", *Revista Bimestre Cubana*, XXXVII, 2, La Habana, 1936, págs. 268-277.

ponente cultural «hispano», como un elemento de continuidad cultural de la cultura cubana en contraposición a lo «norteamericano». Este grupo, compuesto por destacados intelectuales como Cintio Vitier, Fina García Marruz, Octavio Smith, Lorenzo García Vega, Angel Gaztelu, Eliseo Diego y José Lezama Lima, entre otros, fundó la revista *Orígenes*, 1944-1956, en cuyas páginas colaboraron cubanos y extranjeros.

En la misma línea de *Orígenes* se fundaron otras revistas como *Verbum*, 1937, *Espuela de Plata*, 1939, y *Nadie Padecía* en 1942.

La Revolución de 1959 llevó consigo, entre otros fenómenos, la reafirmación de la nacionalidad cubana y de su cultura, imponiéndose como pensamiento la línea defendida por Fernando Ortiz. Desde ese momento las instituciones y el propio Estado incorporó y defendió la idea de que la cultura cubana era el resultado de la fusión de dos raíces esenciales, lo español, llevado por los conquistadores, los colonizadores y los inmigrantes, y lo africano. Un proceso de unión, de transculturación, en el que se había ido forjando una cultura con identidad propia.

Esta valoración de lo hispano no hay que confundirla con las reflexiones que las autoridades cubanas han hecho recientemente sobre la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América, en las cuales se rechaza el término descubrimiento, por considerarlo peyorativo hacia las culturas prehispánicas, y se denuncia el hecho mismo de la celebración de un acontecimiento que para muchas culturas indígenas supuso la exterminación:

«Me referí al V Centenario que se estaba celebrando. Decía que había gente que nos quería descubrir de nuevo; que nos quería conquistar, esclavizar y colonizar; que nos quería violar como los conquistadores.

Yo no podía imaginarme —lo he dicho varias veces— que dentro de 500 años nuestros descendientes fueran realmente a aplaudir y apologetizar lo ocurrido» (52).

(52) Informe de Fidel Castro al pueblo cubano sobre el viaje realizado a Brasil, el 23 de marzo de 1990.